

— Pero, señor, en un caso extraordinario como éste no puede haber más ley que la piedad. La ciencia me lo ha dicho terminantemente: mi mujer se muere si no se acude, y pronto, al único remedio. Desarrollada la enfermedad, ya no hay salvación posible.

— Repito que lo siento; mas no he de pagar yo el que tú te casaras siendo pobre.

— Me casé cuando tuve con que atender á nuestras humildes necesidades. Pero yo no le pido á usted que pague nada; lo que le suplico en nombre de Dios y de lo que más ame es que me adelante la cantidad precisa para que mi mujer busque la salud donde únicamente puede encontrarla. Señor, de usted depende la vida de mi Lola; por piedad, no me sentencie usted á la desesperación.

¡Inútil suplicar!

— Ya te he dicho — repuso aún más secamente el insensible banquero — que es imposible. No te he de conceder lo que á otros he negado, y es inútil que insistas.

Al decir esto, guardaba apresurado los billetes cual si temiera que por magnética atracción fueran á Paco, y cerraba con violencia los cajones.

El seco ris, ris, ris, de las cerraduras sonó en el corazón de Paco como el eco metálico que anunciaba la muerte de su ídolo.

— ¡Señor, señor! — suplicó sollozando.

El jefe por toda contestación señaló á Paco la puerta.

Entonces una completa transformación se verificó en aquel hombre. Roja oleada de sangre subió á su rostro; se apoderó de él tan violento acceso de ira, que el modesto empleado desapareció, dando paso al león herido en su fibra más sensible. Olvidándolo todo en aquel vértigo insensato, se lanzó con un salto de tigre sobre la mesa apretando los puños y dispuesto no sabemos si á destrozar al miserable que sentenciaba á muerte á la vida de su vida, ó á tomar lo que le negaban.

El banquero tuvo miedo. Con no menos rapidez se lanzó al cordón de la campanilla.

— Pronto — dijo á un empleado que se presentó en el acto, — llévese usted á ese insensato y que no vuelva á mi casa.

Al oír la orden, el desdichado recobró la razón tan bruscamente como si hubiera recibido una ducha en el cerebro.

¡No volver á aquella casa era llevar la miseria á la suya!

No ensayó, sin embargo, la súplica ni la protesta; sabía que era inútil.

Salió de allí tambaleándose, recorrió á la ventura varias calles y al fin penetró en su casa.

Lola, que lo esperaba con mortal ansiedad, recibió terrible golpe al verle tan trastornado.

Se lanzó á su cuello y perdió el conocimiento en sus brazos.

¡Lo había comprendido todo!

## III

Aquella nueva y horrible situación á que el destino los condenaba precipitó la implacable enfermedad de Lola.

La pobre niña carecía de todo y sonreía siempre como el ángel que entrevé el paraíso.

Paco recurría á todos los medios, llamaba á todas las puertas. Los amigos no querían, los parientes no podían por contar con pequeños haberes.

Tuvo que renunciar á la única salvación de Lola y dedicarse á ganar con su trabajo el pan de cada día.

Como el héroe manchego, pasó las noches de claro en claro, sin lograr apenas el descanso del sueño, y los días de turbio en turbio copiando á destajo manuscritos para un teatro.

Absorto al parecer en su trabajo, Paco observaba en realidad á su adorada Lola y seguía con desesperación los progresos que el mal hacía en aquella débil naturaleza.

¡Véala morir á aquel pedazo de su alma, por quien hubiera dado cien vidas á disponer de tantas, sin que le fuera posible hacer nada, obligado á presenciario inactivo! ¡Jamás hombre alguno sufrió tormento más espantoso!

Ideas terribles cruzaban á veces por su calenturiento cerebro; pensamientos que su conciencia rechazaba lo impulsaban á la protesta violenta, á la furiosa re-

belión de todo su ser por tan inmerecida desgracia. Pero el acceso pasaba y venía el abatimiento. Entonces se decía, mirando á Lola:

— ¡Cuán cierta es la máxima de Séneca: «Llamas á la desdicha cuando dichoso te haces!» ¡Qué razón tenía mi ángel queridísimo al asegurar que nuestra felicidad era un sueño! ¡Ay, qué pronto ha venido el despertar!

En aquel suplicio de Tántalo transcurrieron dos meses, al terminar los cuales Paco, que estaba aún en plena juventud, tenía la cabeza blanca como un anciano.

Lola ya no sufría; acariciada siempre por ensueños lisonjeros, entregada á rosadas fantasías, á medida que su cuerpo se inmaterializaba, se engrandecía y alegraba su alma inundándola de esperanzas, como si al desprenderse de la mísera materia quisiera hacerla gozar todos los encantos de la ilusión.

Un día que Paco lloraba y Lola sonreía, ésta lo atrajo hacia sí dulcemente, diciéndole:

— Ven, mi adorado loco, pesimista tenaz, y no sufras sin motivo. Tengo el presentimiento de que nuestra suerte ha de cambiar bien pronto de la manera más favorable. Restablecida yo por completo, haremos un viaje de recreo que me acabará de restablecer. ¿Y adónde iremos, Paco mío?

Él no pudo contestar, harto hacía con dominar su violenta emoción.

— A Italia — continuó la pobre niña, — el país del

arte y la poesía. ¡Siempre ha sido ese mi sueño dorado! Tú no lo crees; piensas que son ilusiones mías; pues te equivocas como se equivocó el doctor respecto á mi enfermedad: dijo que sólo me curaría yendo á Panticosa, y ya lo ves, no he ido y estoy tan bien; sólo un poco débil, pero mejor que nunca.

Paco la estrechó entre sus brazos loco de dolor. ¡Aquel bienestar le asustaba! Tocó sus manos: abrazaban más que nunca.

— Tienes fiebre — murmuró, — voy corriendo por el médico.

— ¡Tonto! ¿Para qué? ¿No te digo que jamás me he sentido tan bien? Como duermo poco por las noches, se va apoderando de mí un sueño tan dulce... Dame tu mano. ¡Paco, Paco mío! ¡Qué feliz me hace tu amor!

Y Lola se durmió, en efecto; pero para no despertar jamás.

Sin sacudidas, sin agonía, voló el alma de aquel ángel á su patria, el cielo.

#### IV

¡Pobre Paco! Al perder el ídolo de toda su vida, á aquella mujer tan adorada, que lo era todo para él, dejó de ser un hombre para convertirse en la estatua muda del dolor.

Cual si con Lola hubiera muerto su ser moral, alentando sólo el físico por un cruel ensañamiento de la

materia, Paco no lloró ni hizo desesperadas demostraciones.

Helado, impasible, mudo, cumplió sus últimos deberes con movimientos de autómeta, y como un cadáver galvanizado siguió hasta el cementerio al cuerpo que se llevaba su alma.

Aquella era la última morada de la compañera de su vida, y allí se instaló como el perro fiel que guarda la sepultura de su amo.

Nadie logró sacarle de su mutismo, nadie le oyó una queja ni vió en sus labios una sonrisa. Sombrío, taciturno y siempre mudo, recorría á grandes pasos las anchas calles del cementerio ó reposaba en un banco, fijos los ojos en la tumba que guardaba los queridos restos.

A veces su mirada adquiría extraordinaria fijeza, parecía seguir con delicia los movimientos de un ser visible sólo para él, extendía los brazos que luego oprimía dulcemente contra su pecho como estrechando en ellos la soñada visión, y en aquellos instantes, por desgracia cortos, su rostro perdía su marmórea inmovilidad, sus ojos expresaban inmensa ternura, todo su ser se transfiguraba.

Otras veces se erguía fiero y terrible, fijando la inquieta mirada en un punto, como si de allí viera surgir la fantástica sombra de odiado enemigo, y con el rostro contraído, apretados los dientes y los puños crispados, se lanzaba hacia la aparición gritando: «¡Miserable, miserable!»

El guardián de aquel fúnebre recinto contempló á Paco con curiosidad los primeros días, luego le inspiró compasión, más tarde lo asoció á sus lúgubres tareas, y acabó por tener en él tal confianza que fué el verdadero jefe de aquella ciudad de los muertos, lo que le permitía cumplir su único deseo: no separarse nunca de la tumba de su Lola.

Una tarde llegaron al cementerio, conducidos en lujoso coche fúnebre y seguidos de numeroso acompañamiento, los restos mortales del banquero que con su bárbaro proceder causó la muerte material de Lola y la moral de Paco. Por un extraño sarcasmo de la suerte, aquel hombre que en vida había sido tan cruel con Paco, iba muerto á pedirle el último lecho.

Como el rico banquero había sucumbido á causa de un repentino accidente, su cuerpo quedó en depósito. El duelo se retiró murmurando bajito de las costumbres y rarezas del difunto.

Cuando la noche hubo cerrado, penetró Paco, con las facciones descompuestas, los labios temblorosos y las pupilas dilatadas, en el fúnebre aposento.

El muerto estaba solo; que los que *son* suelen ocuparse poco de los que *han sido*.

Sañudo y torvo lo contempló un instante, oyéndosele murmurar con reconcentrado odio:

— ¡Asesino de aquel ángel que era mi vida, ladrón de mi dicha, origen de todos mis males, implacable verdugo de mi amor! ¡Quién pudiera volverte á la vida para con mis manos arrancártela otra vez!

Cual si aquel terrible deseo tan ardientemente expresado hubiera sido atendido, el cadáver movió ligeramente un brazo.

Paco retrocedió con el cabello erizado; mas pasado el primer instante de sorpresa, creyóse víctima de una alucinación; avanzó de nuevo, y examinando el cuerpo de cerca, vió que la piel perdía poco á poco la densa palidez de la muerte, que los labios se coloreaban y los músculos se contraían.

La duda no era ya posible. Aquel cuerpo no estaba muerto.

En los ojos de Paco brilló un rayo de frenética alegría.

— Los romanos decían que la venganza es el placer de los dioses — exclamó. — ¡Mi rencor me dice que es el placer de los placeres! Tú, que tanto me has hecho sufrir, me vas á proporcionar el único placer que me es dado ya disfrutar. En mi dolorosa existencia sólo esa alegría puedo ya sentir, y ¡por mi nombre, que no la desperdiciaré!

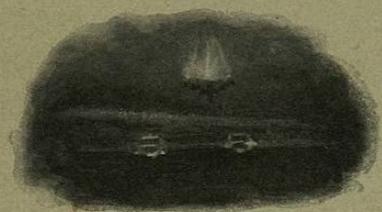
Sin vacilar un instante, con espantable calma dejó caer sobre el cuerpo la pesada tapa de ébano, la encajó con un martillo y cerró con doble llave la lujosa caja, recreándose en el ronco ras, ras, ras, de las cerraduras, que le parecía el eco de aquel metálico ris, ris, ris, con que el avaro cerró el dinero que representaba la vida de dos seres.

Terminada su siniestra tarea, Paco huyó precipitadamente, corrió sin tino hasta dar con la sepultura de

Lola, ante la cual cayó de rodillas, ocultando la cabeza entre sus manos.

¿Encontró el desgraciado en la venganza el placer que buscaba? ¡Ay, no!

El día lo sorprendió en la misma postura.  
Cuando lo levantaron de allí, estaba loco.



Entablóse la conversación, fría al principio...

## EL VIOLÍN MÁGICO

### I

Entraba en la estación de San Sebastián el tren expreso procedente de Irún.

Rechinaba sobre los rieles la locomotora y parecían aquellos rechinamientos quejidos de la poderosa máquina, que se dolía como fiera aherrojada por la hábil mano de inteligente domador.

Dió el maquinista contravapor, obedeció el monstruo mal de su agrado, paró su marcha dando espantosos rugidos, y quedó silencioso y anhelante, como gladiador que descansara después de encarnizada lucha.